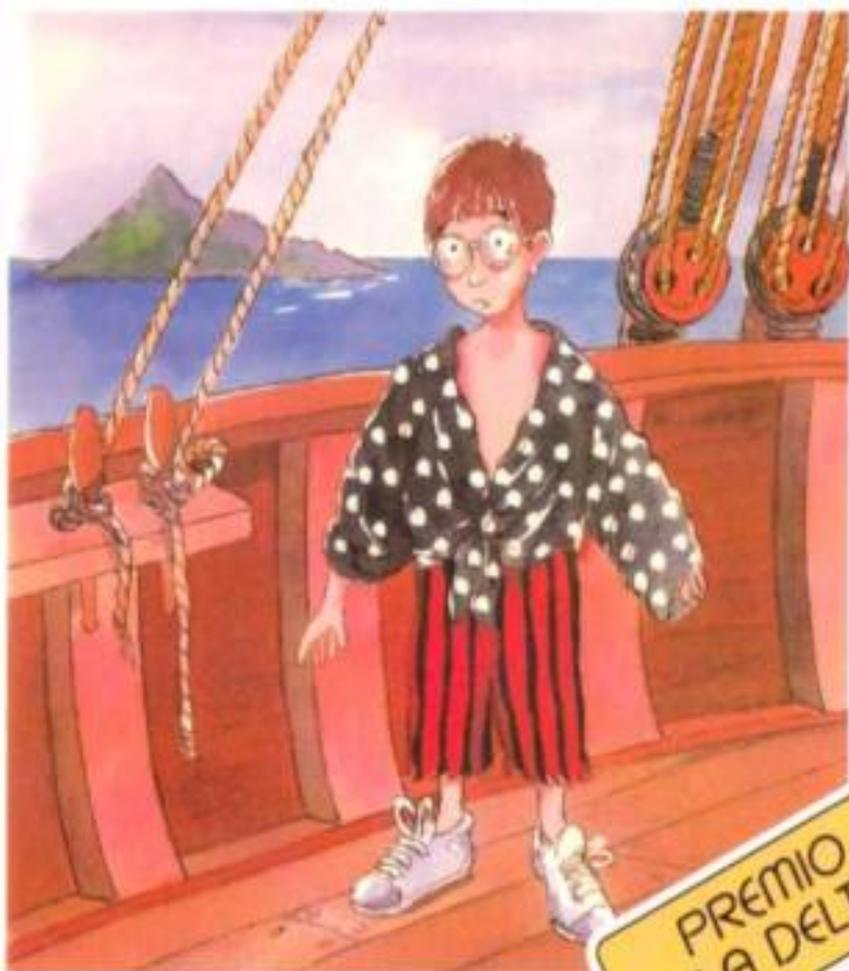


ala delta

José Francisco
VENTURA

**EL VIAJE DE RAMÓN CÁRTER
A LA ISLA DEL TESORO**



PREMIO
ALA DELTA

La sorpresa de Ramón al verse a bordo de una nave de piratas es mayúscula. Pero mayor serán su alegría y desconcierto al enterarse de que el capitán protagonizó, hace tiempo, *La isla del tesoro*. Sólo una idea preocupa a Ramón: ¿qué nuevas aventuras los esperan en la isla maldita?

José Francisco Ventura es periodista y trabaja en la radio. Con *El viaje de Ramón Cárter a la isla del tesoro* se inicia en el campo de la Literatura Infantil y ha obtenido el *VIII Premio Ala Delta*.

*A mi esposa Clara
y a mis hijas Clara Eugenia y Ana,
que son mi tesoro.*

Índice de contenido

Cubierta

El viaje de Ramón Cáster a la isla del tesoro

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

«Los lingotes de plata y las armas aún están, que yo sepa, donde Flint las enterró; y por lo que a mí concierne, allí van a seguir. Yuntas de bueyes y jarcias que me arrastraran no conseguirían hacerme volver a aquella isla maldita; pero aún en las pesadillas que a veces perturban mi sueño oigo la marejada rompiendo contra aquellas costas, o me incorporo sobresaltado oyendo la voz del Capitán Flint, que chilla en mis oídos:

“¡Doblonos! ¡Doblonos!”».

Capítulo 1

AL abrir los ojos, el muchacho se sobresaltó. Parecía salir de una pesadilla. Se halló envuelto en una orla de oscuridad y misterio. Notó que se encontraba en un lugar estrecho, angosto, pequeño y abombado. Apenas si podía alargar los brazos, y en ese momento tenía enormes ganas de despezarse, porque creyó despertar de un largo sueño. Palpó algo con sus manos. Parecía madera, aunque la sensación que obtuvo fue la de tocar una superficie húmeda, áspera, rugosa, como carcomida. El muchacho se encontraba, pues, en una posición incómoda, de cuclillas, y sentía un vaivén extraño y desconocido para él. Su cuerpo oscilaba de derecha a izquierda, a ratos, y de adelante hacia atrás, lo que le producía un mareo inexplicable, un abotargamiento que jamás había experimentado.

Siguió bajando las manos hasta el fondo del estrecho e incómodo cubículo. Percibió que donde se hallaba era un lugar redondo, aunque no del todo, ya que se estrechaba en la parte superior, se ensanchaba en el centro, y volvía a encogerse en el fondo. Como una cuba, imaginó.

Allí, en el fondo, el muchacho tocó objetos, también redondos, aunque tampoco completamente esféricos. Le parecieron suaves y lisos al tacto. Tomó uno en su mano, y, como no podía verlo por la oscuridad, se lo acercó hasta la nariz con la intención de descubrir de qué se trataba olfateándolo. Su aroma era fresco y dulce, como el de una manzana. Ese olor le era familiar, lo había experimentado antes, en la cocina de su casa, en primavera, cuando se

acercaba al frutero que descansaba a diario sobre la mesa de madera. Dudó. Pudiera estar precipitándose en su apreciación. En cambio, no era una pelota de tenis, porque en los extremos comprobó cómo sus dedos, el índice en la parte superior, y el pulgar en la inferior, descubrían dos pequeños hoyuelos, más grande el de la parte superior que el de la inferior.

Volvió a olisquear el objeto que tenía ante sí y que no veía. Desechó la idea de la pelota de tenis, porque seguía manteniendo un olor fresco y dulce, como el de una manzana. Cuando procedía a pasar la lengua por el objeto esférico para salir de dudas, sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, atenazándolo.

Le pareció haber vivido aquel instante en otro momento de su vida, aunque ahora, guiado por el nerviosismo, o por el mareo que le producía el vaivén continuo, o por la escasez de aire del reducido habitáculo, no llegaba a discernir con claridad a qué pasaje de su vida correspondía aquella imagen. Dudaba si la había vivido ya antes o la había leído en algún libro. A veces, las imágenes de la vida se repiten, y uno se sorprende al comprobar que está protagonizando el mismo acontecimiento.

En ese estremecimiento se encontraba el muchacho cuando, de repente, y tras un leve ruido parecido al de algo que se descorre, una luz mortecina, apagada, como de media tarde, inundó el cuchitril. Elevó los ojos hacia el lugar por donde penetraba la luz, en la parte superior de la cuba, y quedó cegado por la mortecina claridad. Tanta oscuridad le había dañado los párpados, que los sentía pesados y doloridos.

El muchacho, tal vez guiado por la luz, recuperó la memoria que había quedado dispersada por un tiempo en la tinieblas del oscuro cubículo, y la lucidez pareció despertarlo en todo su esplendor. Lo que antes eran tinieblas, ahora se convirtió en claridad. Y, en efecto, aquella imagen no formaba parte de su vida, sino del pasaje de un li-

bro. Lo que momentos antes se había corrido, dejando penetrar la luz, era la tapadera de un barril, en cuyo interior él se encontraba, y lo que aún mantenía en su mano era una manzana.

La claridad de sus ideas y la certidumbre del hecho le volvieron a producir escalofríos. Ahora ya presentía que estaba viviendo en sus propias carnes una parte de *La isla del tesoro*, aquélla donde Jim Hawkins, dentro de un barril de manzanas, escucha cómo John Silver *el Largo* trata de convencer a un bucanero para que se una a él en el amotinamiento y la vil traición que el perverso y criminal pirata tenía planeados llevar a cabo para apoderarse del tesoro.

No le dio tiempo a sentir miedo sino terror, porque unas manos largas y huesudas, como garfios afilados, lo cogieron del cabello con tal fuerza que a punto estuvieron de arrancárselo de raíz. Esas manos huesudas tiraban de él hacia la claraboya por la que penetraba la luz mortecina de la media tarde.

Ya fuera del barril, y cuando sus ojos se toparon con otros, negros y furibundos, le faltó poco para lanzar un alarido de estremecimiento y terror, pero se contuvo, porque el individuo que tenía ante sí se le adelantó.

—¡Por mil demonios y mil temporales! —gritó con voz ronca, aguardentosa, quemada por el ron—. ¡Mirad lo que tenemos aquí!



Capítulo 2

A QUELLAS manos como garfios me elevaron del oscuro habitáculo en el que me hallaba. Bien podría haber gritado al contemplar aquellos ojos negros como una noche cerrada, o como el mismo barril en el que hasta hacía poco había estado, pero me contuve, inmovilizado quizá por el temor y el desconcierto en que me hallaba, y por el mareo constante que me producía aquel vaivén extraño y novedoso para mí, que me estaba sometiendo a un aturdimiento total.

Cerré los ojos y mis pensamientos se sucedieron a velocidad de vértigo. Sentía dolorido el cuero cabelludo, la cabeza me daba vueltas como enloquecida, y los ojos pesados, igual que losas, no obedecían la orden de mi cerebro que les mandaba abrirse. No me hizo falta cavilar demasiado para saber que me encontraba en la bodega de un barco. Me pareció que se trataba de una goleta del siglo XVIII. No me preguntéis por qué lo deduje. Pero en aquel momento, a pesar de mi mareo atroz, estaba convencido. Lo había leído en los libros, mi única referencia por mi corta edad. Además, el continuo vaivén –el mar debía de estar erizado y bravo– me producía náuseas y unas irresistibles ansias de vomitar.

Todo a mi alrededor crujía, produciendo un ruido que incrementaba mi temor y desasosiego. No oséis preguntarme qué hacía allí, ni la sensación que experimenté cuando vi los ojos negros como una noche sin luna, y furi-

bundos, escrutándome tan sorprendidos como yo lo estaba.

Aquellos ojos se hallaban anclados en una cara ennegrecida y curtida por el sol sobre la que sobresalía una barba rala y cana, que se hacía más larga y espesa en el mentón, prolongado hasta tapar la nuez del cuello, lo que le daba un aspecto aún más desagradable. En la mejilla derecha brotaba una raya firme pero profunda, que parecía una cicatriz cuyo final se confundía con la prolongación de la ceja. Llevaba un aro colgando de la oreja izquierda, y un pañuelo negro con lunares blancos tocaba su cabeza, dejando al aire largas y grasientas greñas que caían sobre los hombros en remolinos indómitos y salvajes, ofreciendo a la figura un aspecto de rebeldía. La nariz era larga y picuda, y resoplaba como un caballo desbocado. El aliento era apestoso, como el de una ciénaga, y olía a aguardiente añejo. Sólo me faltó ver dos pistolas cruzadas bajo un ancho cinturón, centrado con una gran hebilla, y un machete colgando de la parte izquierda del mismo, para cerciorarme de que me hallaba frente a un temible pirata.

—¡He encontrado un polizón! —siguió gritando el filibustero, aún sorprendido, y con sus ojos negros y furibundos manteniéndose a la expectativa.

Al hablar, descubrí su dentadura, tan ennegrecida como su rostro, y a la que faltaban los dos incisivos del centro, dibujando una mueca parecida a las entrañas de un volcán. Apenas si tenía labios, confundidos con la barba, reseca y macilentos, consecuencia —intuí— de la dureza y la brisa cortante del mar.

El pirata reparó en mi vestimenta, y después en la suya.

—Pero ¡por mil demonios! —aulló de nuevo—, ¿de qué guisa vas vestido?

Los demás bucaneros o piratas (un detalle sobre el que mantenía mis dudas y que no despejé hasta encontrarme en cubierta y ver la bandera izada sobre lo más alto

del palo mayor) se acercaron y formaron un corrillo a mi alrededor. Casi todos vestían de forma semejante, y su aspecto no difería en casi nada.

Me observaron con la misma cara de sorpresa que el primero, y oí murmullos de extrañeza no exentos de curiosidad. Digo que oí, porque no estaba seguro de que mis ojos se mantuvieran abiertos. Para entonces, mi aturdimiento era abismal, y me sentía como enmarañado en la más siniestra y profunda de las tinieblas. Uno de ellos se atrevió, incluso, a palpar mis ropas, y otro osó, con gran desvergüenza, tocar mis gafas, dejando su sucia huella dactilar en la lente. Si yo tenía miedo, aquellos piratas o bucaneros (no diré que también lo tuvieran, porque los suponía gente valerosa y aguerrida) se mostraban inquietos y recelosos.

—Llémoslo a cubierta, ante el capitán —apuntó uno. Y a cubierta me condujeron.

Capítulo 3

CONFORME iba subiendo por la estrecha escalera de madera, que, como todo el barco, crujía a cada uno de nuestros pasos, me iba haciendo una idea aproximada de mi situación.

No se sabe por qué fuerza del destino, por qué extraño fenómeno de la naturaleza, mutación o qué demonios –perdonad mi expresión, pero el soez vocabulario de aquellos rufianes me contagiaba–, había sido transportado de mi tiempo, el siglo XX, a la época nebulosa y oscura en que ahora me parecía estar, el siglo XVIII, del que sólo conocía detalles confusos a través de mis lecturas.

Culminamos las estrechas escaleras, yo delante, escoltado por los rudos marineros –uno de ellos me empujaba por la espalda con sus dedos de garfio–, y, a través de la escotilla, aparecimos en el centro de la cubierta.

Lo que mis ojos descubrieron entonces es algo que me ha llevado un gran esfuerzo describir, por la belleza y lo maravilloso del espectáculo. No dispuse de mucho tiempo para recrearme, porque los piratas que llevaba detrás como un enjambre de moscardones seguían empujándome hacia donde debía de encontrarse el capitán de la nave.

Sí recuerdo, en cambio, que era media tarde. El sol caía perezoso hacia el horizonte bajo un cielo azul, claro y cristalino, que se confundía con el mar, inmenso, majestuoso, pleno, gigantesco, y refulgiendo sobre la superficie dorada de las aguas. A pesar del bullicioso trajín que se

producía sobre la cubierta y del ruido, a mi entender melodioso, que provocaban las olas al romper abruptas contra el barco, creí por un instante que me encontraba solo en el mundo.

La soledad y el aislamiento amargo que sentí relajaron mis nervios, y el temor que me embargaba desde que el pirata me descubriera en el interior del barril de manzanas desapareció. La nave llevaba toda la arboladura desplegada. Enorme, espectacular, dorada por los reflejos del sol. Supongo que para recoger la más mínima brisa.

A mi sensación de sosiego contribuyó sin duda verizada, sobre lo más alto del palo mayor, una bandera que no era la *Jolly Roger* –la bandera pirata, con su calavera y las dos tibias cruzadas en forma de aspa sobre fondo negro–, sino otra, con rayas rojas, también cruzadas, sobre fondo azul, y que en seguida identifiqué con la enseña británica.

A pesar de que mi agitación era enorme –me parecía estar inmerso en las páginas de una novela de aventuras, en la que me había deslizado sin pedir permiso y quién sabe por qué capricho del destino–, no me pasaron desapercibidos los miembros de la tripulación.

Mientras me encaminaba por estribor, siempre empujado por los bucaneros a mi espalda, hacia el puente de mando, donde descubrí una figura esbelta, serena, de espaldas al marinaje, mirando el horizonte, pude advertir multitud de caras, todas cortadas por el mismo patrón, curtidas, algunas de color violeta y otras oliváceas, que mostraban sorpresa, al tiempo que de sus desvencijadas y desdentadas bocas, todas macilentas y reseca, brotaban exclamaciones indescifrables. No sé si de admiración al ver una criatura distinta de ellos, por el abismo en el tiempo, o de incredulidad. Como digo, eran exclamaciones que no llegué a comprender. Como tampoco llegué a entender cuál era el mecanismo que permitía que yo hablara el mismo idioma que ellos, y ellos el mío. Era una extraña y